

CUENTO N° 261

TÍTULO: LA FUERZA DEL VIENTO

SEUDÓNIMO: LUZ

AUTORA: ANA MARÍA GARCÉS REYES

LA FUERZA DEL VIENTO

La ciudad de Puerto Varas es una de las más lindas de Chile. Por su entorno natural rodeado de lagos, ríos, praderas, cerros, volcanes y también por su gente buena y sencilla.

Con mucho gusto acepté la invitación de mis hijas que ahí viven desde hace algunos años. La idea era compartir y acompañarlas por dos semanas mientras sus respectivos maridos, Vicente y Carlos, debían realizar un viaje de trabajo a Bruselas, ellos forman parte de una empresa salmonera, en que los criaderos de peces se ubican casi donde se desgrana el continente en la Patagonia. Ambos asistían todos los años en representación de Chile, a la feria de alimentos que se realiza en Europa.

La casa de Anita, madre de Amelia y Josefa de cuatro y un año respectivamente, quedaba cerca a la de María Jesús, madre de Pedro de apenas cuatro meses de edad, por lo que yo me trasladaba de una casa a otra en pocos minutos.

Ese 22 de abril de 2015, temprano, en la mañana, estando en la casa de María Jesús, recibí una llamada de Anita, me extrañó por la hora, apenas aclaraba el día.

- Mamá, asómate a la ventana y mira hacia el volcán. ¿Ves esa fumarola blanca sobre su cráter?
- Cierto, veamos noticias antes de alarmarnos, puede tratarse de una actividad leve.
- ¡Escucha mamá, la tierra suena, es como un rugido!

Habían pasado no más de cuatro minutos y la fumarola se había transformado en una columna gris compuesta de gases y cenizas que se elevaba rápidamente. Los teléfonos se volvieron locos con cientos de mensajes y llamadas. La Oficina Nacional de Emergencia, decretó alerta roja, la erupción del Volcán Calbuco era inminente.

El pánico me invadió por completo, apareció en mi memoria la tragedia de Pompeya, el precioso pueblo italiano que en el año 79 quedó sumergido por toneladas de piedrecillas pómez, arena y gases tóxicos, causando la muerte de miles de personas por la violenta erupción del volcán Vesubio. Su actividad fue de tal agresividad, que bastaron sólo 17 minutos para enterrar a personas en la actividad en la que se encontraban, así fuera en la calle, en sus casas o en el lugar de trabajo, sin dar tiempo a una advertencia ni a la evacuación del pueblo.

Hablé nuevamente con Anita y el tono de mi voz era otro.

- Debemos irnos lo antes posible. - El gobierno regional decretó la evacuación total, diez kilómetros a la redonda del volcán. Prepara una maleta con ropa para las niñas y algo de comida. - Le corté.

Lo mismo hicimos con Pedro, arreglamos una bolsa con su leche, comida envasada y ropa para un par de días y partimos con María Jesús rumbo a casa de Anita y organizar nuestro éxodo sin rumbo, el objetivo era arrancar de inmediato.

Al cabo de 30 minutos, la idílica ciudad se había oscurecido por completo, una enorme nube de cenizas cubría el cielo y la columna de humo tenía una base de fuego, contenía material de altísimas temperaturas que emanaban de la profundidad de la tierra. Era un espectáculo impresionante, jamás visto, una atmósfera aterradora y a la vez me sentía afortunada de presenciar ese magnífico fenómeno.

Me paralizaba pensar que, si esa cantidad de partículas en suspensión se desplomara, repentinamente, quedaríamos sepultados bajo algunos metros de ese material calcinante.

Cargamos el auto de Anita donde cabíamos cómodamente los tres niños en sus sillas, más nosotras tres, rumbo al norte. Demoramos horas en salir de la ciudad para tomar la carretera, cientos de vehículos hacían filas eternas en las bencineras, los supermercados desabastecidos, todo un caos.

La oficina de meteorología indicaba que el fuerte viento desplazaba la nube gris hacia el sur de Argentina y Chile. Lentamente la brisa fue enfriando las partículas que fueron cubriendo tanto la tierra como ríos y lagos.

Por otra parte, mis yernos Vicente y Carlos, junto con Gustavo mi marido, amigos y familiares, ya se habían enterado del fenómeno que estaba ocurriendo en la zona, a causa de la actividad volcánica del Calbuco. El recargo del tráfico llamadas ocasionó el colapso de los teléfonos celulares, estábamos prácticamente incomunicados, por lo que a la distancia trataban de conseguir hotel donde quedarnos esa noche. Finalmente, conseguimos alojamiento en una casa de campo, propiedad de unos colonos alemanes, en las afueras de Osorno, que la habían adaptado como hotel boutique, con la sencillez, belleza y dedicación propia de los países de Europa del norte. De entre una espesa llovizna, aparece un campesino alto, de edad avanzada, con botas de agua negras, un sombrero que apenas dejaba ver sus ojos azules, pero le servía para protegerlo de la lluvia. Antes de preguntar nada, se acerca al auto y nos dice que no hay alojamiento.

- Estamos llenos, no podemos recibirlos. - Mientras miraba al interior del vehículo y descubre a los niños. -

Ellos estaban asustados, cansados y con hambre, pero no lloraban como tratando de cooperar a nuestra insistente súplica al amable campesino.

- Les podría facilitar un dormitorio, tendrían que acomodarse todos juntos, no tengo otra alternativa, expresó el buen hombre compadecido de nuestra situación.

Mientras nos arreglaban la pieza, bajamos el poco equipaje que llevábamos, los niños felices recorrían los corrales de animales, era una granja preciosa y entretenida con la fascinante actividad agrícola del lugar.

Al día siguiente, después de un abundante desayuno con kuchen, pan amasado y delicias realizadas con recetas alemanas, preparamos nuestro retorno. El noticiero informaba que la actividad del volcán había disminuido notablemente y que se podría regresar a Puerto Varas sin peligro alguno. Definitivamente la fuerza del viento desplazó esa tremenda masa de cenizas y piedrecillas hacia el sur del país cubriendo campos, caminos y lagos. El daño causado afectó en algunas zonas, con capas de material piroclástico de considerable altura, tanto a siembras como animales, los que fueron evacuados y trasladados a zonas más seguras.